

Traslado de los restos mortales de fr. José Merino, O.P.

San Pablo, Palencia, 6 de Diciembre de 2011

El traslado de los restos mortales del P. Merino a esta iglesia de San Pablo de los dominicos en Palencia, es una celebración de acción de gracias a Dios por el P. Merino, y es un paso más en el reconocimiento público de sus virtudes... Un nuevo signo para tenerlo como “modelo” de vida cristiana y como “intercesor” en el cielo. Ojalá que este reconocimiento llegue un día, por voluntad de Dios, a feliz término en su canonización. Al darle hoy sepultura en este templo, su vida y virtudes reciben pública y eclesialmente una mayor ejemplaridad y dignidad. Pero la mayor dignidad por la que es “modelo” para nosotros es porque en él brilló el amor y la santidad de Dios. Por ello, lo celebramos como acción de gracias a Dios por la vida del P. Merino, porque la luz y la verdad de Señor brillaron en él.

Quisiera leeros un texto de Benedicto XVI dirigido a los jóvenes en Alemania: *“Queridos amigos, tantas veces, se ha caricaturizado la imagen de los santos y se los ha presentado de modo distorsionado, como si ser santos significase estar fuera de la realidad, ingenuos y sin alegría. A menudo, se piensa que un santo sea aquel que lleva a cabo acciones ascéticas y morales de altísimo nivel y que precisamente por ello se puede venerar, pero nunca imitar en la propia vida. Qué equivocada y decepcionante es esta opinión. No existe ningún santo, excepto la bienaventurada Virgen María, que no haya conocido el pecado y que nunca haya caído en él. Queridos amigos, Cristo no se interesa tanto por las veces que vaciláis o caéis en la vida, sino por las veces que os levantáis. No exige acciones extraordinarias, quiere, en cambio, que su luz brille en vosotros. No os llama porque sois buenos y perfectos, sino porque Él es bueno y quiere haceros amigos suyos. Sí, vosotros sois la luz del mundo, porque Jesús es vuestra luz. Vosotros sois cristianos, no porque hagáis cosas especiales y extraordinarias, sino porque Él, Cristo, es vuestra vida. Sois santos porque su gracia actúa en vosotros”.*

No fue el P. Merino un fraile de acciones extraordinarias o heroísmos inigualables, ni siquiera de sorprendentes comportamientos o extrañas ascesis. Fue un hombre bastante normal, bastante normal incluso para ser fraile, bastante normal como fraile dominico. Se enfadaba, como todos, y se equivocaba. Como todos, cometió errores. Eso sí, no le dolía en prendas pedir perdón, incluso arrodillarse delante de sus novicios, reconociendo que se había equivocado. Su vida fue sencilla, y en ella se ha transparentado la vida evangélica y ha actuado la gracia de Dios, mostrándonos que la santidad es posible en la vida ordinaria, en medio de una vida alegre, pero también una vida que se tomó muy en serio el seguimiento de Jesucristo. La santidad de Dios es el brillo que reluce en quien se toma en serio seguir a Jesús. La vida del cristiano no está llamada a especiales heroísmos, sino que está llamada a tejerse en la imitación del bien divino, en la santidad de un Santo en carne como la nuestra.

Yo no fui novicio del P. Merino como muchos frailes, algunos hoy aquí presentes. No pertenezco a las famosas “banderas” de sus discípulos. Aunque al conocer a sus novicios, de algún modo en ellos se puede ver bastante de su maestro... Seguramente muchos de ustedes sí tuvieron la enorme satisfacción de conocerlo y tratarlo. Me ha llamado mucho la atención la profunda huella que dejó en sus novicios, y seguramente en muchas personas que le trataron,

de modo que se ha convertido para quienes le conocieron en un referente de vida cristiana y dominicana.

Lo primero que quiero destacar es que le tocaron vivir tiempos difíciles, tiempos cargados de incertidumbres... Con muchas más incertidumbres que nuestra época. Creció y maduró en las primeras décadas del siglo XX. Sin duda que a su solidez personal y cristiana contribuyó haber nacido en el seno de una familia cristiana y su formación juvenil en la Acción Católica. Hizo profesión solemne en la Orden en octubre de 1937, fecha especialmente trágica y dura para la Iglesia española y también para nuestra Orden, pues en esos meses fueron martirizados un numeroso grupo de frailes, hoy ya beatificados. Ser dominico en aquellos años podía costarle a uno la vida. Aquellos frailes sí sabían bien que seguir a Jesús puede ser muy peligroso. Y así todo lo hicieron en radicalidad. Porque sin peligro no hay riesgo, y sin riesgo no hay fe ni esperanza. La valentía y la fortaleza son virtudes que acompañan a los fieles seguidores de Jesús que no temen reproducir toda la vida del Maestro hasta la cruz. Para ellos, ser discípulo es ante todo ser fuerte, tener fortaleza interna y externa, capacidad de resistencia ante los envites de la vida, y sobre todo ser capaz de no someter, cueste lo que cueste, el ideal al miedo. Algo que sobrepasa, sin duda, nuestras humanas fuerzas y sólo es posible por la fuerza de la gracia. Por ello, cuanta más fortaleza, más esperanza y más alegría. En ellas brilló la luz del Señor en P. Merino.

Se divide la vida apostólica del P. Merino en dos etapas: la etapa de Misionero popular y la de Maestro de novicios. En ambas encarnó los rasgos de la vocación dominicana: vida activa y vida contemplativa, hombre de oración y de acción; predicación, comunidad y silencio. El P. Merino reflejaba el carisma de la predicación y lo ejerció de manera sobresaliente en esa etapa de Misionero popular en mil formas: ejercicios espirituales, novenas, misiones populares... Recorrió toda la geografía española, con sus ciudades y pueblos, incluso estuvo unos meses en México. Entre sus restos ha aparecido la cruz de misionero con que le enterraron. Ser misionero fue una de sus principales identidades. Tenía grandes cualidades pedagógicas y comunicativas por lo que su predicación era una deliciosa amalgama de doctrina cristiana entre historietas y anécdotas que divertían al tiempo que educaban en la fe. También esta ciudad de Palencia tuvo el privilegio de tenerle como misionero popular en este centro de San Pablo en el año 1951.

La otra gran etapa de su vida fue la que dedicó a la formación de los novicios, en su condición de Maestro, de 1950 a 1966. Sus novicios a lo largo de todos esos años fueron cerca de mil jóvenes. Años de grandes cambios en la sociedad y en la Iglesia, en los que desesperadamente se buscaban y se necesitaban buenos “maestros” de la vida y de la vida religiosa... y no siempre era fácil encontrarlos. Pero él dejó una profunda huella en sus novicios, a quienes educó con su palabra y ejemplo, y enseñó a vivir arraigados en lo fundamental del Evangelio. Orientó su dedicación formativa en la enseñanza de la doctrina espiritual, de la teología sobre Jesucristo y de la gracia, del sacerdocio y la Eucaristía, de la santidad, la oración y el espíritu de servicio. El amor a la Virgen María, a Nuestro Padre Santo Domingo, a la Orden y a la Iglesia fueron claves de su dirección espiritual a los novicios. Tamaño empeño le exigió incontables horas de estudio y de oración, de contemplación y de lectura intensa de la Sagrada Escritura. Este mismo lugar donde van a ser colocados sus restos mortales fue lugar preferido donde él preparaba las clases; ahí, en lo que fuera “el corillo” de

la iglesia; el sagrario allá, enfrente, y la Virgen María entregando el rosario a Santo Domingo. Éste fue su lugar sagrado por excelencia, su celda de contemplativo, su escaño de oración íntima con Dios. Su dedicación a la formación espiritual y dominicana de los novicios fue preferente, absoluta, fidelísima y siempre cariñosa. Cuando en estos días pasados sus novicios preguntaban dónde se iban a colocar sus restos en la iglesia, me bastaba con una respuesta simple para que todos lo supieran: en el lugar donde solía ponerse el P. Merino a rezar.

La alegría es un rasgo suyo que quisiera también subrayar. En estos días he preguntado a varios frailes qué rasgos destacarían del P. Merino. Todos subrayaban esta virtud. Uno de sus compañeros, el P. José Luis Gago, señala: “Dios bendijo al P. Merino con una simpatía natural incuestionable; era un hombre ingenioso, reidor, sensible a la música, al arte belenista, gustoso de la ópera y de la zarzuela, aficionado a los toros –digo yo que esto hoy no le restará créditos de santidad-, generoso y servicial”. Una alegría de raíces cristianas, compatible con la sensibilidad hacia el mal y el sufrimiento, que no se reduce a un sentimiento sino que es signo y fruto del Espíritu que nos lleva a verlo todo en la perspectiva de la bondad del Señor.

Su espiritualidad fue eminentemente eucarística y sacerdotal. Se distinguió por su adoración al Santísimo. Y, a la vez, una espiritualidad mariana, pues sentía especialmente cercano el amor maternal de la Santísima Virgen María, la “Madre Maestra” de los novicios, que le acompañaba en su quehacer y en todo su apostolado. Despedía cada año a los novicios del mismo modo: desplegando en la estación de tren un cartel donde se leía ESO, las iniciales de Estudio, Servicio y Oración, como una síntesis apretada que les guiara en su camino espiritual de santidad en la tradición dominicana. El P. Prior ha querido que esas siglas estén escritas en la lápida de su nuevo sepulcro en esta iglesia, como una manera cariñosa, fraterna, filial de agradecerle su labor y de despedirle ahora los que fueran sus novicios. Porque el P. Merino no se puede entender sin sus novicios, que hoy le despiden de un modo nuevo pues conocen la comunión profunda que siguen viviendo con aquel que les enseñó sus primeros pasos en la Orden. En esas siglas en la lápida ellos siguen velándole hasta el momento del reencuentro final en el Reino de los Cielos.

Que al descansar sus restos mortales entre nosotros; entre vosotros, seglares dominicos y amigos de la Familia Dominicana, en esta iglesia de San Pablo, veamos en ello un signo de su descanso eterno junto a Dios en el lugar que le ha preparado en su Reino, entre los santos. Que su ejemplo nos guíe y su bondad desde el cielo nos ayude. Y si es esa la voluntad de Dios, que el posible reconocimiento eclesial de su canonización nos alegre con el gozo de tener entre los santos a uno de nuestros hermanos. Mientras tanto, y sea como fuere, la fe y esperanza del Adviento se nos han hecho hoy más vivas y cercanas al recordar el testimonio de la vida del P. Merino, a quien pedimos que interceda por todos y cada uno de nosotros.